

ni que comer, se despidió también de la manera más amigable, y Sam quedó solo con su padre.

—Hijo mío — dijo Mr. Weller guardando su cartera en el bolsillo del pecho; — aquí hay mil ciento ochenta libras esterlinas, con los billetes que acaban de darme por la cesión del bono y demás. Ahora, Samuelillo, vuelve la cabeza del caballo hacia el lado de *Jorge y el cuervo*.

### CAPITULO LVI

*Mr. Weller asiste á una importante conferencia entre Mr. Pickwick y Samuel. — Un caballero viejo, con vestido color de tabaco, llega inopinadamente.*

Mr. Pickwick estaba solo, pensando en muchas cosas, y principalmente en lo que debería hacer por la joven pareja, cuyo estado incierto era para él continuo objeto de ansiedades y temores, cuando María, entrando precipitadamente en la habitación, se acercó á la mesa y le dijo:

—Señor, Samuel está abajo y pregunta si su padre puede veros.

—¿Por qué no?

—Gracias, señor — dijo María, volviéndose hacia la puerta.

—¿Hace mucho tiempo que está allí Sam?

—No, señor; no hace más que venir, y dice que no os molestará mucho.

María se apercibió sin duda de que había comunicado esta última noticia con excesivo calor, ó notó acaso la sonrisa de buen humor con que Mr. Pickwick la observaba cuando hubo acabado de hablar. El hecho fué que bajó la cabeza y se puso á examinar la punta de su delantal con más atención de la que era absolutamente indispensable.

—Decidles que vengan en seguida.

María, visiblemente contenta, se marchó rápidamente con su mensaje.

Mr. Pickwick dió dos ó tres vueltas por la habitación, acariciando su barba con la mano izquierda, y pareciendo sumergido en profundas reflexiones.

—Vamos — dijo al fin con entonación dulce, aunque melancólica; — vamos, es el mejor medio que tengo para recompensar su fidelidad. Es preciso; el destino de un solterón es ver á los que le rodean formar nuevos lazos y abandonarle. No tengo ningún derecho para esperar que á mí me pase otra cosa. No, no — añadió más alegremente, — sería egoísmo é ingratitud; debo considerarme dichoso con encontrar esta ocasión de establecerme. Soy dichoso, necesariamente soy dichoso.

Estaba Mr. Pickwick tan absorto en estas reflexiones, que habían llamado tres ó cuatro veces á la puerta sin que lo oyese. Sentándose rápidamente, tomó el aire amable que tenía de ordinario, y gritó:

—¡Entrad!

Sam Weller apareció seguido de su padre.

—Estoy encantado de veros volver, Sam. ¿Cómo os va, Mr. Weller?

—Muy bien, señor, muchas gracias — contestó el viejo. — ¿Espero que á vos os irá bien, señor?

—Perfectamente, os doy las gracias.

—Desearía hablar alguna cosa con vos un momento, si podéis concederme cinco minutos.

—Cuanto queráis. Sam, dad una silla á vuestro padre.

—Gracias, Samuel; ya he cogido aquí una. Hace un tiempo hermoso, señor — dijo Weller sentándose y poniendo en tierra su sombrero.

—Muy hermoso para la estación en que estamos — replicó Mr. Pickwick; — muy hermoso.

—El tiempo más hermoso que yo he conocido — añadió Mr. Weller.

Al llegar aquí fué acometido de un violento acceso de tos, y cuando hubo terminado ésta se puso á hacer señas, guiños y gestos suplicantes ó amenazadores á su hijo, que se obstinaba maliciosamente en no ver nada.

Mr. Pickwick, apercibiéndose de que el viejo se hallaba embarazado, fingió ocuparse en cortar las hojas de un libro, esperando á que Mr. Weller le dijese el objeto de su visita.

—No he visto jamás un muchacho tan obstinado como tú — dijo al fin el viejo cochero, mirando á su hijo con aire indignado. — Jamás, en mi vida, ni en mis días.

—¿Pues qué ha hecho, Mr. Weller? — preguntó mister Pickwick.

—No quiere empezar, señor; sabe que yo no soy capaz de explicarme por mí mismo, cuando hay alguna cosa particular que decir, y permanece ahí como una roca, sin ayudarme con una sílaba. Me deja á mitad del camino para que os haga perder el tiempo y yo me ofrezca en espectáculo. Esa no es una conducta filial, Samuelito — continuó Mr. Weller enjugando su frente; —no tiene nada de eso.

—Dijisteis que queríais hablar — replicó Sam; — ¿cómo podía yo saber que os habíais atragantado desde el principio?

—Has visto bien que no era capaz de desenredarme, que me había puesto en el peor camino, que retrocedía hacia la acera, y otras cosas desagradables; y á pesar de ello, no quieres darme la mano. Me avergüenzo de ti, Samuel.

—El hecho es, señor — dijo Sam saludando ligeramente, — el hecho es que acabamos de retirar el dinero...

—Muy bien, Samuel, muy bien — interrumpió mister Weller agitando la cabeza con aire satisfecho. — Yo no quiero ser duro contigo, Samuelito. Así se ha de empezar, llegando al grano en seguida. De veras te digo: ¡muy bien, Samuelito!

En el exceso de su contento hizo Mr. Weller una considerable cantidad de movimientos de cabeza, y esperó con aire atento á que Samuel continuase su discurso.

—Sam — dijo Mr. Pickwick apercibiéndose de que la entrevista prometía ser más larga de lo que había imaginado, — podéis sentaros.

Sam saludó de nuevo, sentándose después. Habiéndole dirigido su padre otra ojeada expresiva, continuó:

—El padre ha tomado quinientas treinta libras esterlinas...

—Todo consolidado — interrumpió Mr. Weller á media voz.

—No hace mucho al caso que sean ó no consolidadas — repuso Samuel; — ¿no son quinientas treinta libras esterlinas?

—Justamente, Samuelito.

—A lo que ha añadido por la venta de la posada...

—Por el arrendamiento, los muebles y la clientela, — replicó Mr. Weller.

—Con qué reunir en todo mil ochocientas libras esterlinas.

—Os felicito con placer, Mr. Weller, — dijo mister Pickwick, — por haber hecho tan buenos negocios.

—Esperad un momento, — dijo el sabio cochero le-

vantando la mano en ademán suplicante. — Sigue, Samuelito, sigue.

—Desea mucho, — continuó Samuel después de un momento de vacilación, — y yo deseo lo mismo, colocar ese dinero en paraje seguro; porque si lo guarda se lo va á prestar al primero que se lo pida, ó á gastarlo en caballos, ó á dejar caer la cartera en medio de la calle, ó á hacer una momia egipcia con su cuerpo, de una manera ó de otra.

—Muy bien, Samuelito, — interrumpió Mr. Weller con un aire tan complaciente como si su hijo hubiera hecho el mayor elogio de su previsión.

—He aquí por qué, — continuó Samuel apretando con inquietud el ala de su sombrero, — he aquí porque lo ha recibido hoy y ha venido aquí conmigo para decir... esto es, para ofrecer... ó en otros términos, para...

—Para decir esto, — interrumpió Mr. Weller con impaciencia; — que la moneda no me servirá á mí para nada, puesto que generalmente no hago más que conducir el coche, y como no tengo sitio donde ponerlo, á menos de pagar un conductor para que tenga cuidado de ella ó que la meta en una de las bolsas del coche, lo que sería una tentación para los viajeros, si vos me hacéis el favor de tenerme cuidado de ello, os quedaré muy reconocido. Acaso, — añadió Mr. Weller levantándose y yéndose á hablar al oído de Mr. Pickwick, — acaso pueda servir para pagar una parte de aquella condenación... En fin, todo lo que tengo que deciros es que la guardaréis hasta que yo os la vuelva á pedir.

Diciendo estas palabras, colocó Mr. Weller su cartera sobre las rodillas de Mr. Pickwick, cogió su sombrero y se salió de la habitación con una celeridad que no era de esperar en un sujeto tan corpulento.

—¡Sam, detenedle! — exclamó Mr. Pickwick con toda su seriedad. — ¡Traedmele sobre la marcha! ¡mister Weller! ¡deteneos, deteneos!

Sam vió que no había que hacer otra cosa que lo que su señor le mandaba. Cogió á su padre por el brazo cuando bajaba la escalera, y le volvió á conducir á viva fuerza ante Mr. Pickwick.

—Amigo mío, — dijo éste cogiéndole la mano, — vuestra honrada confianza me confunde.

—No hay de qué, señor, — insistió el cochero con aire obstinado.

—Os aseguro, amigo mío, que tengo más dinero del que me hace falta; más del que podrá gastar nunca un hombre á mi edad.

—No se sabe lo que se puede gastar hasta que se ha gastado.

—Es posible, pero como yo no quiero experimentarlo, no es nada probable que me vea en necesidad. Os suplico que volváis á tomar esto, Mr. Weller.

—Está bien, — contestó el viejo cochero con aire descontento; — pero tened por seguro, Samuel, que yo haré un acto desesperado con esta propiedad; ¡un acto desesperado!

—Yo no os obligo á ello, — respondió Samuel.

Mr. Weller reflexionó durante algunos minutos y abotonando después su gabán con aire resuelto, dijo:

—Tomaré un portazgo.

—¿Qué? — preguntó Sam.

—Un portazgo, — repitió Mr. Weller entre sus dientes apretados. — Decid adiós á vuestro padre, Samuel; dedico el resto de mi carrera á tener un portazgo.

Esta amenaza era tan terrible, Mr. Weller parecía tan dispuesto á llevarla á cabo y tan profundamente ofendido por la repulsa de Mr. Pickwick, que el buen hombre, después de algunos momentos de reflexión, le dijo:

—Vamos, vamos, Mr. Weller, guardaré vuestro dinero; acaso pueda hacer más bien que vos con esa suma.

—¡Pardiez! — exclamó Mr. Weller serenándose; — ya lo creo que podréis hacer más bien que yo con ese dinero, señor.

—No hablemos más de ello, — dijo Mr. Pickwick guardando la cartera en su mesa. — Os quedo sinceramente obligado, amigo mío. Ahora, serenaos; tengo un parecer que pediros.

La risa contenida de triunfo que había desfigurado no sólo el rostro, sino los brazos y las piernas y todo el cuerpo de Mr. Weller mientras se guardaba la cartera, fué reemplazada por la gravedad más majestuosa al oír las palabras anteriores.

—Dejadnos un instante, Sam. — dijo Mr. Pickwick. Sam se retiró inmediatamente.

El corpulento cochero, tomando un aire singularmente profundo, quedó prodigiosamente admirado cuando Mr. Pickwick abrió el discurso diciendo:

—Supongo que no sois un gran partidario del matrimonio, Mr. Weller.

El padre de Sam sacudió la cabeza, más no tuvo bastantes fuerzas para hablar; estaba petrificado por el pensamiento de que alguna pícara viuda hubiera podido sacar de sus casillas á Mr. Pickwick.

—Cuando habéis subido la escalera con vuestro hijo, ¿habéis reparado en una joven?

—He visto á una muchacha, — respondió lacónicamente Mr. Weller.

—¿Qué tal os ha parecido, Mr. Weller? Decídmelo francamente.

—He visto que estaba llenita y que tiene los miembros proporcionados, — contestó el cochero con aire de inteligente.

—Es muy cierto, tenéis razón; ¿pero qué habéis pensado de sus maneras?

—¡Eh! ¡eh! son agradables, señor, muy conformes.

No hay bastantes datos para comprender el sentido que daba Mr. Weller á la última palabra; más como el tono con que la había pronunciado indicaba evidentemente que era una expresión favorable, quedó Mr. Pickwick tan satisfecho como si hubiera entendido con claridad.

—Me inspira mucho interés, Mr. Weller, — continuó Mr. Pickwick.

Mr. Weller tosió.

—Quiero decir que tomo interés por su bien y porque sean dichosos y prosperen; ¿comprendéis?

—Perfectamente, — respondió Mr. Weller, que no comprendía una palabra.

—Pues esta joven está en relaciones con vuestro hijo.

—¡Con Samuel Weller! — exclamó el padre.

—Precisamente.

—Es natural, — dijo Mr. Weller después de algunos momentos de reflexión; — pero es un poco alarmante; es necesario que Samuelillo tenga cuidado.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Que tenga cuidado de no decirla en un momento de inocencia nada que pueda servir para probar la violación de una promesa de matrimonio. No se puede jugar con esas cosas, Mr. Pickwick. Cuando ellas tienen echadas sus cuentas sobre vos, no sabe uno cómo desenredarse, y mientras más lo pensáis, más os amarran. Yo me casé así la primera vez, señor, y Samuel es la consecuencia de la maniobra.

—No me animáis mucho para concluir lo que tenía que deciros, pero creo, sin embargo, que lo mejor es acabar de una vez. No solamente está comprometida esa joven con vuestro hijo, sino vuestro hijo está también comprometido con ella.

—¡Pues está bien! ¡Vaya una cosa para llegar á oídos de un padre! ¡Lindas cosas por cierto!

—Los he observado en distintas ocasiones, — prosiguió Mr. Pickwick sin hacer comentarios sobre las exclamaciones del viejo cochero, — y no me queda duda alguna. Suponed ahora que yo desease establecerlos como marido y mujer en una situación en que pudiesen vivir decentemente. ¿Qué pensáis vos de ello, Mr. Weller?

Mr. Weller recibió primero con violentos gestos una

proposición que implicaba el matrimonio para una persona á quien él tenía afecto; pero como Mr. Pickwick, razonando con él, insistió formalmente en que María no era viuda, se fué poniendo poco á poco más tratable. Mr. Pickwick tenía demasiada influencia sobre su ánimo y el cochero había sido además singularmente sorprendido por los encantos de la joven, á la que había lanzado ya algunas ojeadas muy poco paternales.

Al fin declaró que no era él quien podía oponerse á los deseos de Mr. Pickwick, y que seguiría siempre su opinión con el mayor gusto. Nuestro excelente amigo le cogió apresuradamente la palabra, y sin darle tiempo para reflexionar, hizo comparecer á su doméstico.

—Sam, — dijo Mr. Pickwick tosiendo un poco como si tuviera algo en la garganta; — papá y yo hemos tenido una conversación acerca de vos.

—Sobre tu interés, Samuelito, — dijo Mr. Weller con tono protector, calculado para producir efecto.

—No soy bastante ciego todavía, Sam, para no haberme apercebido hace tiempo de que sientes algo más que amistad hacia la doncella de mistress Winkle.

—¿Oyes, Samuelito? — añadió Mr. Weller con aire magistral.

—Espero, señor, — dijo Sam dirigiéndose á su amo, — que no habrá ningún mal en que un joven se fije en una muchacha sumamente agradable y de muy buena conducta.

—Ninguno, — dijo Mr. Pickwick.

—De ningún modo, — añadió Mr. Weller con voz afable pero magestuosa.

—Lejos de pensar que haga mal es una cosa tan natural, — añadió Mr. Pickwick, — estoy dispuesto á favorecer vuestros deseos, habiendo tenido ya una pequeña explicación con vuestro padre, y como él es de mi opinión...

—No siendo esa persona viuda, — indicó Mr. Weller.

—No siendo esa persona viuda, — repitió Mr. Pickwick sonriendo, — deseo libraros de la sujeción que os impone vuestra situación cerca de mí, y dar testimonio de mi reconocimiento por vuestra fidelidad, procurando que podáis casaros con esa joven en seguida, y sostener de una manera independiente vuestra familia. Yo tendré una gran satisfacción, — prosiguió Mr. Pickwick, cuya voz, hasta entonces temblorosa, había recuperado su ordinaria elasticidad; — tendré una gran satisfacción y felicidad en cuidar por mí mismo de vuestro bienestar en lo sucesivo.

Hubo durante algunos instantes un profundo silen-

cio, después del cual dijo Sam en voz baja y entrecortada pero firme:

—Os estoy muy agradecido de vuestra bondad, señor, que es verdaderamente digna de vos; pero eso no se puede hacer.

—¡Que eso no se puede hacer! — exclamó Mr. Pickwick con asombro.

—¡Samuelillo! — dijo Mr. Weller con dignidad.

—Y digo que eso no se puede hacer, — repitió Sam con elevado tono. — ¿Qué sería de vos, señor, entonces?

—Querido joven, — respondió Mr. Pickwick, — los últimos acontecimientos que han tenido lugar entre mis amigos, cambian por completo mi modo de vivir en lo porvenir. Por otra parte, voy siendo viejo, tengo necesidad de reposo y tranquilidad; mis viajes han concluido, Sam.

—¿Cómo puedo saber eso, señor? Lo creéis en este momento, pero suponed que cambiáis de opinión, lo que no es imposible, pues tenéis aún el ardor de un joven de veinticinco años; y entonces, ¿qué sería de vos sin mí? Eso no se puede hacer, señor, no se puede hacer.

—Muy bien, Samuelillo, hay mucha razón en todo eso, — hizo observar Mr. Weller con animada voz.

—Yo hablo después de serias reflexiones, Sam, — replicó Mr. Pickwick moviendo la cabeza. — Las escenas extrañas y nuevas no me convienen ya; mis viajes han concluido.

—Muy bien, señor, razón de más para que tengáis al lado quien os conozca y procure vuestro bienestar. Si queréis tener un joven más elegante, tomadle; eso es bello, eso es bueno; pero con sueldo ó sin él, con permiso ó sin permiso, mantenido ó sin mantener, con habitación ó sin habitación, Sam Weller, á quien habéis tomado en el viejo parador del Borough, se adhiere á vos, suceda lo que suceda; ¡y todo el mundo podrá decir lo que quiera, nadie se lo impide!

Al concluir esta declaración, que Sam hizo con gran emoción, su padre se levantó de la silla, y olvidando todas las consideraciones debidas al lugar y á la etiqueta, agitó su sombrero por encima de la cabeza, dando tres vehementes exclamaciones.

—Hijo mío, — dijo Mr. Pickwick cuando Mr. Weller se serenó algo, avergonzado de su propio entusiasmo; — hijo mío, debéis tener igualmente consideración con la jovencita.

—Yo considero á esa joven, señor; yo he tenido en cuenta á la joven, la he dicho mi posición y ella consiente en esperar hasta que yo pueda; yo creo que ella cumplirá su promesa: si no la cumple, no será lo que yo creo

de ella, y entonces renunciaré á mi vez con entera voluntad. Vos me conocéis bien, señor; he tomado mi partido y nada podrá hacerme cambiar.

—¿Quién tendría valor para combatir esa decisión? De seguro no era Mr. Pickwick. La desinteresada adhesión de sus humildes amigos le inspiraban en aquel momento más orgullo y regocijo que el que pudieran promoverle diez mil protestas de los más grandes personajes de la tierra.

Mientras esta conversación tenía lugar en la habitación de Mr. Pickwick, un viejecito con traje color de tabaco, seguido de un mozo con una maleta, se presentaba á la puerta del hotel. Después de asegurar una habitación donde pasar la noche, preguntó al criado si no había en la casa una cierta mistress Winkle, y al ser contestado afirmativamente:

—¿Está sola? — volvió á preguntar.

—Creo que sí, señor; puedo llamar á su doncella si vos...

—No, no hay necesidad, — interrumpió el viejecito vivamente. — Conducidme á su habitación sin anunciarme.

—¡Pero, señor! — decía el mozo.

—¿Sois sordo?

—No señor.

—Está bien. Conducidme á la habitación de mistress Winkle sin anunciarme.

Y dando esta orden, el viejecito introdujo cinco shillins en la mano del mozo y le miró fijamente.

—Verdaderamente, señor, yo no sé si...

—¡Vamos! concluiréis por hacerlo, lo veo bien; así vale más hacerlo al instante, lo que nos ahorrará el tiempo.

Había en las maneras del viejecito tanta tranquilidad y decisión, que el mozo guardó los cinco shillins en el bolsillo y le condujo sin añadir una palabra.

—¿Es aquí? — dijo el extranjero; — bien, podéis retiraros.

El mozo obedeció, no sin preguntarse quién sería y qué querría aquel caballero. Este esperó hubiese desaparecido para tocar á la puerta.

—Entrad, — dijo Arabella.

—¡Hum! en verdad que es muy bonita voz, pero eso no es nada.

Diciendo estas palabras, abrió la puerta y entró en la habitación. Arabella, que se preparaba á trabajar, se levantó viendo á un desconocido, algo confusa, pero con una confusión llena de gracia.

—No os molestéis, señora, os lo ruego, — dijo el in-

cógnito cerrando la puerta detrás de él. — ¿Mistress Winkle, según creo?

Arabella inclinó la cabeza.

—¿Mistress Winkle, que se ha casado con el hijo del viejo mercader de Birmingham? — continuó el desconocido examinando á Arabella con visible curiosidad.

Arabella inclinó otra vez la cabeza y miró á su alrededor con alguna inquietud, como si pensase en llamar á alguien.

—¿A lo que veo, señora, mi visita os sorprende? — dijo el anciano caballero.

—Un poco, lo confieso, — respondió Arabella asombrándose más y más.

—Tomaré una silla, señora, si lo permitís, — dijo el desconocido sentándose y sacando tranquilamente unos lentes de su bolsillo y colocándose en la nariz. — ¿Vos no me conocéis, señora? — dijo mirando á Arabella tan atentamente, que ella principió á alarmarse.

—No señor, — respondió tímidamente.

—No, — repitió el incógnito moviendo su pierna derecha; — no sé cómo no me conocéis. Vos sabéis mi nombre apesar de eso, señora.

—¿Lo creéis así? — dijo Arabella toda temblorosa, sin saber por qué. — ¿Puedo rogaros me lo recordéis?

—Inmediatamente, señora, inmediatamente, — respondió el desconocido que todavía no la quitaba los ojos de la cara. — ¿Os habéis casado hace poco?

—Sí señor, — replicó Arabella con voz apenas perceptible, y poniendo á un lado la costura, porque un pensamiento que antes se le había ocurrido, se le presentaba nuevamente con más insistencia.

—¿Sin haber hecho presente á su marido la conveniencia de consultar á su padre desde luego y del cual depende, según creo?

Arabella llevó el pañuelo á los ojos.

—¿Hasta sin esforzaros en saber por algún medio indirecto cuáles eran los sentimientos del viejo sobre un punto que le interesaba tanto como este?

—No puedo negarlo, señor, — balbuceó Arabella.

—¿Y sin tener por vuestra parte bastantes bienes para asegurar á vuestro esposo una compensación por las ventajas á que renuncia no casándose según los deseos de su padre? He aquí lo que los jóvenes llaman una afección desinteresada hasta que tienen hijos; entonces se les ocurre pensar de diferente modo.

Las lágrimas de Arabella corrían abundantemente mientras se excusaba diciendo que era joven é inexperta, que únicamente el cariño la había arrastrado, y que había estado privada del cuidado y los consejos de sus pa-

dres casi desde la infancia.

—Mal hecho ha estado, — dijo el anciano caballero con tono más dulce; — muy mal hecho: ha sido novelesco, mal calculado, absurdo.

—La culpa es mía; mía sola, señor, — replicó la pobre Arabella llorando.

—¡Bah! no es culpa vuestra; supongo que él se haya enamorado de vos... Pero sí, — añadió el desconocido con aire maligno, — sí; es vuestra la culpa, porque él no podía impedirlo.

Este pequeño cumplido, ó la extraña manera con que lo hizo el viejo caballero, ó el cambio de sus maneras, que se habían tornado mucho más dulces, ó quizás estas tres causas reunidas, arrancaron á Arabella una sonrisa en medio de sus lágrimas.

—¿Dónde está vuestro marido? — preguntó bruscamente el desconocido, para disimular una sonrisa que había iluminado su propio rostro.

—Lo espero de un momento á otro, señor. Lo he persuadido para que pasee un poco esta mañana. Es muy desgraciado y está muy abatido por no haber recibido noticias de su padre.

—¡Ah! le está bien empleado, lo merece.

—El lo sufre por mí, y yo también sufro por él, porque soy la causa de su pena.

—No os atormentéis por su causa, querida mía; lo merece bien. Estoy encantado, completamente encantado por lo que le concierne.

Apenas habían salido estas palabras de los labios del viejo caballero, cuando se dejaron oír pasos en la escalera. Arabella y el desconocido parecieron reconocerlos á un tiempo mismo. El viejecito se puso pálido, y haciendo un violento esfuerzo para aparentar tranquilidad, se levantó cuando Mr. Winkle entró en la habitación.

—¡Padre mío! — exclamó este retrocediendo de asombro.

—Sí señor, — respondió el viejecito. — ¿Qué es lo que tenéis que decirme, caballero?

Mr. Winkle guardó silencio.

—¿Creo que os avergonzáis de vuestra conducta?

Mr. Winkle siguió guardando silencio.

—¿Os avergonzáis de vuestra conducta, caballero, sí ó no?

—No señor, — dijo al fin Mr. Winkle pasando el brazo de Arabella bajo el suyo; — no me avergüenzo ni de mi conducta ni de mi mujer.

—¿De veras? — dijo irónicamente el caballero pequeño.

—Siento mucho haber hecho ninguna cosa que os haya ofendido, ó que haya podido disminuir vuestro afecto hacia mí; pero debo deciros al mismo tiempo, señor, que no tengo ningún motivo para avergonzarme de mi elección, así como tampoco debéis ruborizaros vos de tenerla por hija política.

—Dame tu mano Nathaniel, — dijo el anciano con voz conmovida. — Abrazadme, angel mío; sois después de todo una criatura encantadora.

Pasados algunos minutos, Mr. Winkle fué á buscar á Mr. Pickwick y le presentó á su padre, que cambió con él apretones de mano durante cinco minutos consecutivos.

—Mr. Pickwick, — dijo el viejecito con aire franco y sin ceremonias, — os doy las gracias sinceramente por todas las bondades que os debe mi hijo. Soy un poco vivo de genio, y la última vez que os he visto os habré sorprendido y acaso no os haya tratado con toda la consideración debida. Ya he podido juzgar por mí mismo y estoy más que satisfecho. ¿Queréis que os dé más excusas?

—Ni la sombra de una, — contestó Mr. Pickwick; — habéis hecho la sola cosa que faltaba para completar mi felicidad.

A consecuencia de esto, hubo otro rato de cambio de apretones de manos que se prolongó más de cinco minutos, con acompañamiento de cumplidos que tenían el mérito, harto grande y harto original, de ser sinceros.

Sam había vuelto respetuosamente á llevar á su padre á la bella salvaje, cuando á su regreso encontró al lacayo gordiflón que volvía de llevar un billete de Emilia Wardle.

—¡Oid! — le gritó el joven fenómeno, que parecía extraordinariamente dispuesto á hablar, — escuchad; María es una joven muy bella, ¿no es verdad? A mí me gusta mucho, ¿estáis? — añadió guiñando el ojo.

Sam no pudo dar contestación verbal; completamente petrificado por las confidencias del gordo joven y por la presunción que revelaban sus gestos, le miró fijamente durante un minuto; pero al fin le dió la respuesta que creyó oportuna, conduciéndole por la solapa á la esquina de la calle y despidiéndole con un puntapie confidencial también, pero ceremonioso.

Después de hecho esto, entró en el hotel silbando tranquilamente.